



# LA ATALAYA DE JAVIER OLASCOAGA

PURI GUTIERREZ

**L**A casa de Javier Olascoaga, anclada en la plaza del Ayuntamiento, haciendo esquina con la calle Santa María, conserva ese sabor añejo y auténtico de lo renteriano puro. Desde sus balcones ha visto Javier transcurrir el pálpito de nuestro pueblo durante más de setenta años.

Es una magnífica atalaya—me confiesa—. Por aquí pasa todo el pueblo. Desde estos balcones he sido testigo de grandes acontecimientos. Nací en esta casa, el 8 de julio de 1918, y desde los primeros días de mi vida ya me vi rodeado del ambiente de las «Magdalenas». Tengo la suerte de poder escuchar desde aquí cada domingo la diana de los txistularis, y a lo largo de mi existencia he vivido aquí años maravillosos.

Recuerdo las alegres fiestas de carnaval. El pregón del Jueves Gordo. Y me parece aún escuchar aquellas piezas de txistu, exclusivas para la ocasión, que no se oyen en la actualidad. Lo mismo que a los músicos de la Banda, en las tardes de lluvia, cuando el sirimiri impedía bailar en la Alameda y se venían a tocar en los arkupes del Ayuntamiento. Otro día de fiesta en nuestra plaza solía ser la víspera de la Asunción, pues era obligado tocar una serie de bailables.

De muy grato recuerdo es el Primer Certamen de Poesía Vasca, que tuvo lugar precisamente en Rentería el año 1930. El pueblo entero se vistió con los trajes tradicionales. Hubo una misa mayor... ¡nunca faltaba una misa mayor!...

Estoy escuchando a Javier, y contemplando desde uno de los balcones de su casa la magnífica fachada de la Parroquia

de la Asunción. Me imagino sus amplias escaleras, la plaza, los Arcos del Ayuntamiento, las aceras, las estrechas calles que desembocan en Herriko Enparantza... sin coches... sin prisa... a la salida de una misa mayor, hace medio siglo.

Desde aquí—continúa él—disfruté del festival de bertsolaris que tuvo lugar aquel día. Se situaron en varios balcones de la plaza cuatro afamados bertsolaris. Competía Martín y Larraalde con dos renterianos: Saiburu y Telleri Txiki. Uno en la casa Markola, donde ahora hay una charcutería, otro en lo que entonces era la fonda de Txikito, otro en la casa que había donde ahora vemos ese solar en ruinas y antes estaba la tienda de Juan Pello... De un balcón a otro saltaban sus poéticas improvisaciones entre los aplausos de la gente...

En cuanto al Certamen de Poesía que se falló aquel día es digno de destacar quién fue el ganador: Esteban Urquiaga, el hoy consagrado Lauaxeta. Aquí, en Rentería, se dio a conocer como poeta y su poesía se publicó en la revista *QARSO* de aquel año.

RENTERÍA

Desde este balcón he podido presenciar acontecimientos políticos como la visita de Alcalá Zamora a Rentería en pleno jolgorio de la República. Recuerdo que le acompañaba Queipo de Llano, que estuvo en esta misma casa, visitando a la familia de doña Ignacia, la maestra, de la que era amigo. También me viene a la memoria el recibimiento a dos soldados de Rentería que habían participado en Jaca en el levantamiento que dio lugar a la República.

Cualquier acontecimiento satisfactorio convocaba a todo el pueblo en esta plaza del Ayuntamiento. Aquí se recibía al Rentering después de un triunfo deportivo, aquí a la trainerilla renteriana campeona de España, aquí a los txistularis que ganaron el primer premio en Bilbao; aquí se agasajó a campeones como Otaño o Toni Ramos... Hasta el Real Unión, equipo muy apreciado por la gente de nuestro txoko, a la vuelta de Zaragoza donde conquistó el Campeonato de España, fue vitoreado bajo estos balcones.

Desde mi atalaya, porque esto es una auténtica atalaya, he visto también acontecimientos religiosos como el auto sacramental, puesto en escena con motivo de las bodas de oro de la Adoración Nocturna, o la visita de la imagen de la Virgen de Aránzazu en su gira por la provincia.

¡He visto bailar el aurreku tantas vísperas de San Juan! He escuchado al Orfeón Donostiarra y a la renteriana Banda de Música. Y durante muchas navidades el Concurso de Villancicos. También he contemplado reuniones y asambleas delante del Ayuntamiento. He seguido en el aire el rastro del cohete anunciando las «Magdalenas» y me he emocionado con multitud de renterianos al escuchar el Centenario.

También he sufrido desde mi atalaya. Nunca olvidaré las fiestas de 1983. La víspera, después de la Salve, la plaza estaba ocupada por las fuerzas del orden, el jolgorio se había cambiado por el retumbar de los botes de humo y el ruido de cacharros que duró toda la noche. Por la mañana, la plaza que tanto me gusta ver limpia y recogida, aparecía llena de hierros, barras y tablas... Pero incluso de aquella fecha, amarga de verdad, conservo un recuerdo emocionado. A pesar de la suspensión de los festejos, se fue a por la Magdalena a la ermita y se la trajo como todos los años a la parroquia, teniendo que ir quitando barricadas por el camino. Pero al acabar de subir las escaleras, antes de entrar en la iglesia, los que llevaban las andas se dieron la vuelta. Y vimos a la santa de frente, contemplando la plaza destrozada. Y el pueblo creyente, ajeno al follón que en ella se había organizado, aplaudió a la Magdalena.

También me ha causado dolor ver a parte de nuestra juventud en el atrio de la iglesia. Ese atrio que ha servido durante tantos años para actos tan hermosos, también ha estado en ocasiones sucio, lleno de inmundicias.

Calla por un momento Javier, dándome pie a pensar en el motivo de mi entrevista. ¿A qué he venido a su casa? Alguien me había dicho de él: «Es el hombre que no destaca, que no brilla, que siempre está en segundo plano, pero que a lo largo de toda su vida siempre está disponible para todo. Ha dirigido varios coros, ha escrito multitud de versos, ha hecho traducciones... si hacía falta un presentador, se acudía a Javier; si faltaba el jurado de un concurso, Javier le suplía. Siempre en actitud de servicio».

Cierto. En la reunión anual de los colaboradores de *OARSO* lo veo por mí misma. Javier, como nosotros, escribe puntualmente su colaboración para esta revista renteriana, pero ese día de encuentro no se sienta entre los invitados sino que se afana en servir a los comensales amigos.

En una ocasión Jon Oñativia, que había observado esta disponibilidad de Javier a la hora de colaborar como monitor en la Parroquia de la Asunción escribía más o menos en estos términos: «Para hacer el bien en la sociedad hay muchos caminos, tan enaltecedores los grandes como los pequeños y ésta es la enseñanza de Javier. Que pudiendo hacer el bien a la sociedad no debemos ser remisos, sino ofrecer los dones que nos ha dado el Señor».

Al igual que Javier Olascoaga hay otros muchos renterianos generosos siempre con el pueblo. Quizás algunos recibían pruebas de gratitud, pero ¡cuántas veces continuarán en ese segundo plano, al parecer en el olvido de todos!

Nunca he sabido negarme cuando me pedían algo—dice Javier—, pero la verdad es que lo hago a gusto. Mayor mérito tiene Maritxu, mi mujer, con su paciencia, al quedar tantas veces esperándome. Porque yo, tanto he disfrutado dirigiendo

do los coros de los Luises o de las Hijas de María como a los feligreses de la misa de ocho. El mismo entusiasmo he puesto al colaborar con la Iglesia, que con el Ayuntamiento, o con el Ereintza, o la Coral Andra Mari.

Me enseña una carpeta bastante voluminosa llena de versos. La poesía le ha acompañado durante todos estos años. Escrita en castellano pero con mayor profusión en euskera. Con sus versos ha colaborado en ensalzar a muchos renterianos. Y tanto a personas populares como Koldo Mitxelena, Tabuyo, Hipólito Guezala, don Roberto, Lizardi, Corta o Bernardo Aurkia, como a familiares y amigos en bodas, entierros u homenajes.

Más de una vez habremos cantado las letras de Javier porque en ello ha colaborado con los Lavilla, con David Tellechea, con Guillermo Lazcano o Jon Oñativia. También la Coral Andri Mari y los Coros de Santa Agueda han cantado sus letras. Para recuperar las costumbres de nuestros abuelos ha sido Javier uno de los primeros.

— Al Ereintza le debemos todos mucho—me comenta—. Yo estoy muy orgulloso de haber participado en esta sociedad por ser una fiel renovadora de todas las tradiciones vascas. Su labor ha sido eficaz y constante en múltiples campos. Recuerdo el año 1964 cuando salimos con los coros de Santa Agueda después de muchos años de olvido a causa de la guerra. Gracias al Ereintza sigue en pie la tradición. A raíz de aquel año no creo que haya fallado nunca.

También el Ereintza cobijó otros proyectos como el del Premio Xenpelar de Bertsolaris del que me enorgullece haber sido fundador junto a Valverde, Corta, Boni Otegui, Víctor Idiazábal y un largo etcétera.

Le pregunto por sus actividades como presentador de todo tipo de actos culturales:

— La primera vez sería por el año 1957. No pudo venir Basarri a presentar un concurso de baile al suelto y me pidieron que lo hiciera yo. Yo admiro mucho a Basarri y me parecía una gran responsabilidad. Lo llevé todo por escrito y al leerlo estaba tamblando. Gracias a que Torrecilla en su crónica dijo que lo había hecho bien no fue aquella la primera y última vez.

Se ríe, recordando que más tarde ha hecho presentaciones hasta en holandés:

— Una vez en Holanda, con el Goizaldi, pedí que me escribieran la traducción figurada para poder leerlo al pie de la letra. Y yo veía en las primeras filas a tres o cuatro señores—entre ellos un negro—que no paraban de reír. Pero la sorpresa vino al final, cuando les vi aplaudirme a rabiar. Hoy es el día en que no sé si lo hice bien o mal, o si me salió algún chiste sin saberlo.

Repasando viejas fotos le veo en algunas tocando el tamboril. ¿También tamborrero Javier?

— Sustituyendo a otro, como tantas veces... Y de oído, porque a mí no me hables de partituras.

Una pena tiene Javier desde hace cuatro años: que no puede cantar. El, que desde su primera actuación en unas «Magdalenas» con el coro infantil de las Escuelas de Tolareberri, que dirigía don Pedro, ha participado en todos los coros que ha habido en el pueblo. Cantó cuando colocaron la placa en el frente de la casa de Xenpelar, en la calle Magdalena, cantó en la inauguración de la calle Francisco Gazcue. ¡Y tantas veces más! Pero no pudo cantar en la misa el día que los renterianos le tributamos un homenaje.

— No es lo mismo estar cantando que estar escuchando. Por una vez no estaba en el coro en una misa solemne. Un coro, reforzado ese día por muchísimos compañeros. Fue, para mí, realmente emocionante.

La Sociedad Ereintza fue la promotora del Homenaje a Javier Olascoaga. Comenzó éste, precisamente, la víspera de Santa Agueda y en esta ocasión los versos que tantas veces compusiera Javier los habían compuesto otros para él. También expresamente para Javier sonó la diana el día 5 y el txis-



tu, las trompetas y los saxofones. La Coral Andra Mari y todos los cantores le cantaban igualmente. Y el pleno de los bertsolaris vencedores del premio Xenpelar en estos ocho años de existencia le dedicaban sus bertsos, mientras la multitud de renterianos que permanecían en la plaza del Ayuntamiento mirando a su balcón, buscaba, precisamente, y aplaudía a Javier.

— ¡Tantas veces les había yo visto a ellos desde mi atalaya!... y ahora mi atalaya me veía a mí—se emociona Javier—. El recuerdo de ese día será imborrable. Recibí tal satisfacción, que compensa con creces a lo que haya podido hacer, no a lo que yo he hecho. Porque siempre colaboré sin esperar nada... y el agradecimiento que me han demostrado es superior a todo. Lo que recibí aquellos días es para emocionarse de veras. Porque fue popular. No se mezcló la política para nada. Me mostraron su amistad gentes de todos los colores e ideas. Como renterianos, como amigos. Fue lo más grande. Ni partidos, ni nada. Vi al pueblo sano, unido. Fue lo más bello y emocionante que nunca había podido contemplar desde mi atalaya.

